

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL ARQ. ROBERTO
L. BERGES FEBLES EN EL SEXAGESIMO OCTAVO
ACTO DE INVESTIDURA EL 19-11-89

Discurso pronunciado por el
Arq. Roberto L. Bergés Febles
en el sèxagésimo octavo Acto
de Investidura el 19-11-89.

Este, nuestro sexagésimo octavo acto solemne de graduación de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, lo llevamos a cabo en un momento histórico de gran inquietud, pesadumbre y preocupación por el futuro de nuestro país. Durante las últimas décadas hemos presenciado, los dominicanos, como nuestra flamante democracia no solamente ha sido incapaz de resolver los problemas fundamentales de nuestro pueblo, sino que además ha traído consigo vicisitudes, dificultades y problemas que -- jamás habíamos experimentado en nuestro devenir histórico. Nuestra infraestructura económica se resquebraja bajo el peso de los problemas, exógenos y endógenos, que nos agobian. Nuestra clase media, columna vertebral de la nación, se encuentra amenazada de extinción total por el proceso inflacionario galopante que nos golpea. Nuestros líderes y gobernantes se ven acorralados por eventos y circunstancias que no logran controlar y dirigir adecuadamente. El caos y la anarquía reinantes establecen las reglas del juego, confusas y contradictorias en casi todas las situaciones. En fin, parecería que el país se nos va de la mano, que ya no tenemos la capacidad y el talento para dirigir nuestros destinos por caminos prometedores, que carecemos de la energía y hasta de la voluntad para enrumbarnos por la vía de la civilización.

El sentimiento más generalizado en este momento en nuestra querida patria, es el de impotencia. Nos sentimos como incapacitados, inhabilitados, inermes, frente a una situación de una

complejidad y de un grado de dificultad sin precedentes en nuestro país.

Ustedes, queridos graduandos, se integran a la sociedad en medio de este bizarro, confuso y amenazante mundo que planteamos ¿Qué hacer ... cómo actuar ... cómo dirigir nuestros pasos para que seamos parte de la solución, y no parte del problema?

Pienso, en este sentido, que ha llegado la hora de una profunda reflexión nacional, una reflexión que nos dé valor, fuerza y capacidad para enfrentar nuestra situación con el coraje, la perseverancia y la voluntad férrea que ha sabido este pueblo nuestro demostrar en momentos de gran crisis nacional.

En primer lugar, estimo necesario repasar los acontecimientos de nuestra convulsionada historia, buscando las raíces de nuestra identidad nacional y escudriñando las reservas morales que nos han sacado múltiples veces de atolladeros innarrables. Este terruño nuestro ha presenciado, innumerables veces, un pueblo lleno de coraje, un pueblo indómito, un pueblo abnegado y unido, frente a vicisitudes y problemas que generalmente nos han venido de allende los mares. Hemos podido ver, a través de nuestra historia, un pueblo capaz de inmolarse en aras de ideales de justicia, de libertad y de paz. Desde el primer grito de libertad en América, de nuestro Enriquillo,

y los viriles cuestionamientos de injusticia imperial, de nuestros Montañinos, Padre Las Casas y Fray Victoria, hemos tenido hombres extraordinarios que nos han guiado en la búsqueda de la felicidad y la convivencia civilizada. Nuestro Juan Pablo Duarte, nuestros trinitarios, nuestros grandes líderes restauradores, -- constituyeron gigantes de excepcional talento y acendrada nobleza ciudadana. Este terruño nuestro ha sido escenario de enfrentamientos y batallas contra las mayores y mas temibles potencias imperiales de su época, y este pueblo nuestro ha prevalecido y ha salido victorioso de todos y cada uno de esos enfrentamientos. Esa estrofa de nuestro himno que nos señala ... "Mas Quisqueya la indómita y brava, siempre altiva su frente alzará, y si fuere mil veces esclava, otras tantas ser libre sabrá"... no constituye, - sin dudas, una mera alegoría imaginativa de una mentalidad creativa, sino mas bien la expresión de una incuestionable realidad nacional. Esa historia nuestra, noble, sufrida, viril, vertical, nos puede llenar de orgullo, pero también nos debe servir de ejemplo y acicate para convertirnos en dinámico conglomerado en busca de su superación, progreso, y bienestar colectivo.

En este momento que vivimos, desde luego, el enemigo no es externo, y la batalla que debemos librar no es contra otros. El enemigo, en este momento, somos nosotros mismos, y la batalla que debemos librar es contra esta especie de individualismo egocéntrico que nos tiene postrados e inertes, este materialismo y afan

de lucro de sectores que no se dan cuenta que el beneficio colectivo, el bien común, es un valor que encima de todas las apetencias personales, y que solo mediante el progreso general, de todos, podemos garantizar la estabilidad y la calidad de nuestro progreso personal.

Un extraordinario humanista y pensador de nuestros tiempos, una figura contemporánea que podemos venerar por la trayectoria de su vida personal, expresó un concepto que debemos tener los dominicanos como objeto de continua reflexión nacional en estos tiempos. Albert Schweitzer, el santo de Lambarené, filósofo, humanista, historiador, músico excelso y filántropo por excelencia, señaló lo siguiente: "La civilización consiste en entregarnos, como seres humanos, al esfuerzo de conseguir el perfeccionamiento de la raza humana y la actualización del progreso en todos los órdenes, dentro de las circunstancias de la humanidad y del mundo objetivo".

Señores Graduandos, créanme ustedes, el hombre que no dedica su vida, o por lo menos gran parte de ella, a ese ideal de servicio a la humanidad, no llega a conocer la verdadera felicidad, pues ésta proviene esencialmente de la satisfacción que engendra el acto de entregarse a la felicidad de los demás.

Otro motivo de profunda reflexión debe ser el estado, la calidad y la salud de nuestra incipiente democracia. Frente al descarrilamiento de nuestra economía, la emergencia de grupos incontables de poder económico, la amenaza del flagelo inmisericorde

del narcotráfico internacional, la aparente ineficacia de nuestro sistema judicial, la existencia de la corrupción en nuestro tren administrativo, y el surgimiento de una ola peligrosa de delincuencia, han surgido ya algunos sectores que se han dado a la tarea de cuestionar nuestro sistema democrático, que tantas vidas, sangre, sudor y lágrimas nos ha costado. Reflexionemos un poco en torno a esta situación, haciéndonos las siguientes preguntas: ¿No serán estos problemas signo de los tiempos, y resultado precisamente de ese individualismo egocéntrico que se ha apoderado de determinados grupos de nuestra sociedad, más que expresiones inherentes al sistema democrático? ¿El poder de los muchos, al pasar al poder de los pocos, de por sí resolverá estos problemas, o quizás los agudizará, al no existir controles institucionales para frenarlos y cambiar de líderes? ¿No constituye un ejemplo y una lección contundente lo que en este momento acontece en países de Europa Oriental y en la misma Unión Soviética, donde se cuestiona acervamente el poder totalitario de un sector de la sociedad? ¿Es posible lograr en tres décadas lo que le ha tomado a otros países muchos siglos, y dos guerras mundiales en nuestros tiempos modernos? ¿No serán estos problemas producto de un crecimiento y desarrollo espectacular después de décadas de cadenas que maniataron a nuestro pueblo en una -- inercia glacial?

Pienso que en este sentido debemos aprender algunas lecciones de otros pueblos que han pasado por similares experiencias y han

logrado establecer sistemas democráticos de gobierno altamente ejemplares. En esa línea de pensamiento desearía llamar la atención, como piezas de reflexión, a dos pensamientos, de dos grandes hombres de esa gran democracia del norte, al tocar temas tan familiares a nuestro estado actual de existencia. En el 1860, apenas diez y seis años después de nuestra independencia, Emerson, ese gran humanista norteamericano, señaló lo siguiente: "Los males del gobierno por el pueblo parecen mayores de lo que realmente son, y ellos se compensan por el espíritu y energía que engendra el sistema". Por otra parte, Thomas Jefferson, uno de los padres de la patria de los EE.UU., al referirse a esta situación, afirmó lo siguiente: "No conozco ningún depositario más seguro de los poderes de la sociedad que el pueblo mismo, y si pensamos que ese pueblo no es suficientemente esclarecido para ejercer su control con sana discreción, el remedio no es quitárselo, sino acrecentar esa discreción a través de la educación".

Así pues, señores, eduquemos a nuestro pueblo, creemos un sistema de justicia eficiente y esclarecido, trabajemos por y para la patria, pues así estaremos, como señaló nuestro Duarte, "Trabajando para, nosotros mismos y para nuestros hijos", cambie-
mos nuestro egocentrismo por una sana preocupación por el bienestar colectivo, impongamos orden dentro de nuestra democracia, identifiquémonos con nuestros valores tradicionales y nuestra esencial identidad nacional, vivamos, en fin, una vida plena y

satisfecha siendo co-partícipes de un proceso civilizador en la República Dominicana.

Estas aspiraciones no son ilusiones vanas o retórica estéril; son posibles si primero se convierten en sueños y después se convierten en parte integral de nuestra voluntad colectiva. La historia lo ha probado mil veces. Los hombres logran lo que desean, las grandes civilizaciones se han creado por soñadores con voluntad. Por aquellos que no preguntan nada más ¿Porqué? sino que amplían este concepto con un ¿Porqué no?

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña es un ejemplo palpable de lo que es posible hacer con sueños afirmados y hechos realidad a través del esfuerzo colectivo de hombres con los mismos ideales, y dispuestos al sacrificio personal para realizarlos. Hombres que en un momento dado de nuestra historia nacional se lanzaron en contra de la corriente para crear un modelo de excelencia académica. En menos de tres décadas esos hombres, y muchos más que posteriormente se le unieron, hicieron realidad esta Casa de Estudios, y transformaron el panorama de la educación superior del país. Y seguimos soñando ... nuestro último sueño ya se convirtió en una hermosa realidad, una Biblioteca Central que constituye la instalación bibliotecaria mayor del área del Caribe, donde ha ido a reposar, para nuestra honra, la biblioteca personal del Excmo. Sr. Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer. Próximamente comenzaremos a convertir en realidad la creación

de un Hospital que será una instalación de salud modelo en toda el área del caribe, para beneficio de nuestros estudiantes y de nuestro pueblo. Y tenemos muchos sueños más, porque los hombres y mujeres de la UNPHU seguiremos siempre soñando, y convirtiendo en realidad nuestros sueños.

Así pues, queridos graduandos, y todos sus familiares, al felicitarlos calurosamente por su logro de hoy, los exhorto a compartir con nosotros esta actitud de fé y esperanza en el porvenir de nuestra patria.

Muchas Gracias,

Arq. Roberto Bergés Febles
Rector